

Poco hay de oficial en lo que pudo haber sido y no fue, por no haber hecho caso a la denuncia escolar ¡y social! de *Carta a una maestra*. Aquí va un triple análisis

BALANCE del MEDIO SIGLO

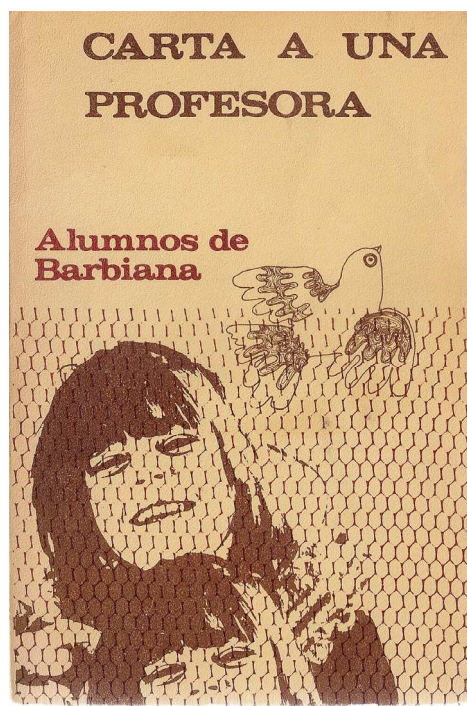
José Luis Veredas (SA)

Hace 50 años dibujar el mundo parecía fácil, todo era nítido. En las empresas, en el campo y en la ciudad, en cada país, en las colonias, en el mundo... el motor que todo lo movía eran las clases sociales, sus intereses contrapuestos y su lucha. Una lucha fácil de describir: unos pocos lo tienen casi todo y quieren mantenerlo y aumentarlo y, otros muchos, casi nada y buscan lo suficiente para una vida digna. Es la estructura socioeconómica y, todo lo demás, un montaje: los Estados, sus poderes, sus fronteras, la policía y los ejércitos, la justicia y las cárceles, la cultura y la prensa... Superestructura que mantiene el sistema económico.

Y había dos formas de situarse – con dignidad – en ese dibujo del mundo: la lucha armada (nacían revoluciones y movimientos como hongos) o la no-violenta (mirando de reojo o a la cara de Gandhi) mediante la política (partidos, sindicatos, asociaciones de vecinos...).

Y en éstas nos llega *La carta a una maestra* desde un rinconcillo perdido del mundo. Dura, irrefutable y de simplísima belleza, nos indicaba el papel de la escuela en ese dibujo general. Y lo más atractivo era su autor: ningún intelectual al uso, sino un grupo de alumnos rechazados por la escuela.

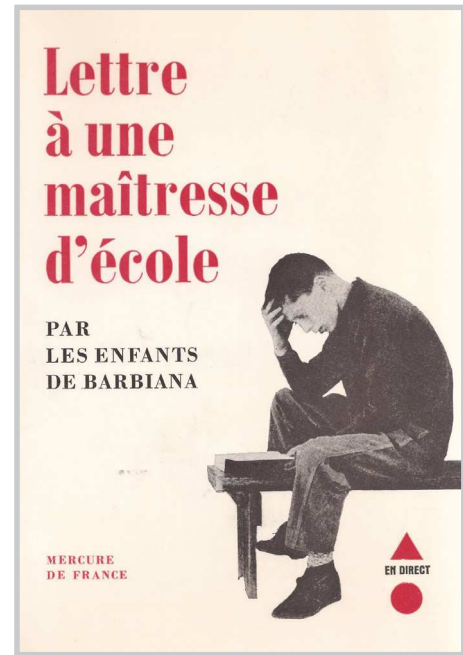
Demostraban que la escuela no es para la promoción de sus alumnos y que sean alguien el día de mañana; ni es la esperanza de los pobres en que sus hijos salgan de la situación sufrida; ni es el esfuerzo de cada uno para dar la vuelta a la tortilla y alcanzar lo que merece su valía personal. ¡Pamplinas! La escuela es un arma más de la lucha de clases y su función principal es seleccionar a los alumnos, apurar a los ricos y



expulsar a los pobres. Toda una trampa: los chicos ya vienen con la nota final puesta desde casa al empezar el curso, según sus familias; y no se cierra ninguna brecha social, se ahonda. Y la *Carta* no se detiene en el demolidor análisis de la función de la escuela; propone una alternativa: ni más ni menos, que la propia escuela (sic). Más escuela, otra escuela radicalmente distinta. Primero, diferente en su finalidad: que sea compensatoria – a favor de los últimos – y, segundo, que enseñe la realidad social, la que ni siquiera Pierino descubre en ella. Y hace tres propuestas:

- para cortar de raíz la selección: no hacer repetidores;
- para ayudar a los *tontos*: más horas, escuela a pleno tiempo;
- para los *vagos*: rebuscar otra motivación, luchar contra la injusticia.

Y ya, nos han caído encima 50 años: al mundo, a la escuela y a nosotros. El mundo, ahora borroso, es más difícil de dibujar: gente de izquierda que persigue nuevas fronteras; nacionalismos fascistas que resucitan (¡sobre millones de muertos que lucharon para barrerlos de la historia!); medios de comunicación – ya menos fuertes que las redes sociales para democratizar la información – manipulados más que nunca por los poderosos; agonía del medio ambiente; globalización; países comunistas hacia el capitalismo (¡hasta Fidel se ha muerto!). Hay



Garantía Social, PCPI y FPB y lo que venga. Pero nada que ver con la intensidad necesaria y definitiva. La *Carta* no decía que el fracaso escolar era importante, sino que “la escuela no tiene más que un problema: los chicos que pierden”; y no puede ser “un hospital que cura a los sanos y rechaza a los enfermos”. Ninguna de sus tres propuestas se han adoptado; las actividades de después han crecido, para quien pueda pagarlas. El fracaso escolar continúa.

¿Y nosotros? ¡Con estos pelos! (Bueno, mejor y realmente, ¡sin aquellos pelos!)

quien habla del fin de la lucha de clases, ¿otra artimaña más? Indignados que parecen aflorar luchas de hace 50 años o, en otros países, regresan al fascismo; primaveras árabes que acaban en aquelarres del medievo... Sociedad líquida, como dicen algunos, tal vez lo más poético para definir este desdibuje.

¿Y la Escuela? ¿Respondió aquella *Carta*? Supongo que buena parte de quienes han tomado decisiones sobre la escuela española la leyeron, y los impactó; al menos oyeron el eco de sus críticas. Hasta en muchas leyes educativas se habla del fracaso escolar: en su día, hubo escuelas compensatorias y programas de refuerzo, de

